

CARMEN VILORO

JUGO DE NARANJA

Todos los días, el jugo de naranja marca el inicio. No puede ser el vaso más dichoso con ese amanecer que lo colma por dentro y lo convierte en astro. Deja que te despierte en los labios, que recorra tu cuerpo con una brisa fresca, amarilla. El ácido disuelve los temores; su luz madura alivia las heridas. En la mesa del desayuno se signa el día para que avances por él como la sombra plácida que camina sobre un reloj de sol.

En la mañana la ciudad mojada es la memoria de la noche lluviosa. Caminas por las calles: el aire fresco sobre la piel te hace sentir el gozo por haber vencido los embates del desorden. El mundo existe. Serenos, los edificios lanzan destellos de heroísmo; los árboles escurren victoriosos los resabios de la violencia. Los coches susurran sobre las humedades del asfalto y tú recuerdas otras palabras, levedades, insomnios; los charcos prometen ciudades luminosas que la tibieza del sol irá convirtiendo en espejismos.

Los paraguas fueron hechos para ser olvidados; en la butaca de un cine, en la casa de un amigo, en la oficina de un notario, en el asiento de un camión, cumplen su riguroso destino. Caballeros como son, saben quedarse solo y servir, con la misma prestancia y cordialidad, a su nuevo dueño. Pero bajo la lluvia, dejan salir un discreto y silencioso llanto que se confunde con el aguacero, y despliegan ampliamente su tristeza sobre las calles de la ciudad.

Te cepillas los sueños; te enjabonas el miedo; te tallas bien la ausencia sobre todo en algunas partes de tu cuerpo; te secas el olvido; peinas la confusión; te rasuras el tiempo; repartes ansiedades de fragancia en tu cuello; te pones la alegría sobre los hombros: combina bien con la melancolía. En los labios un poco de violencia, una sombra en la sombra de los párpados, un entusiasmo tenue en las mejillas y sales de tu casa dispuesta a compartir tu soledad.

A lápiz dibujas los paisajes que después podrás borrar, escribes los asuntos que no son definitivos. El grafito es modesto, sabe que puede estar equivocado, está siempre dispuesto a desdecirse. Su templanza lo lleva a corregir con suavidad, a tachar con prudencia. Es un objeto pobre, pero tiene en su cuerpo que se va gastando, la sabiduría del tiempo, y en su extremo de goma, la fuerza del olvido. Cuánto te ha enseñado este viejo compañero de la infancia. Lo miras empequeñecido de tanto sacapuntas y admiras su espíritu virtuoso, ajeno a la soberbia de la letra impresa.

Hoy es tu cumpleaños. Eso quiere decir que eres un año más viejo que ayer; 365 días más antiguo que hace 24 horas, cuando todavía eras joven, de la misma edad, digamos que hace dos minutos. A partir de hoy tendrás los mismos años durante un año, pero la cifra que alcanzarás te convertirá ese día -cosa de un segundo- en una década más viejo. ¿No es absurdo -te preguntas- que te hayan regalado de cumpleaños, un reloj?

Una nube de leche aclara el café, pero su blanco afán no basta; aunque insistes en mezclarlos con la cucharilla, el peso de los sedimentos busca el fondo, el origen, su identidad de saldo negro. Si no fuera por esa terquedad del pasado oscuro que se niega a desaparecer, ¿qué relieves, qué sombras, qué abismos o qué cimas encontrarían las gitanas en tu taza? ¿Tu vida se evaporaría al fin, superflua y leve, tibia y descolorida como el trago que llevas a tu boca?

El reloj mide el tiempo exterior; el cigarro, el tempo interior. Enciendes el primero de la mañana para acompañar la taza de café, la lectura del periódico, pero, sobre todo, para acompañarte a ti mismo en esa búsqueda de la intimidad que arde suavemente mientras el tabaco se consume. Desde muy temprano vemos por todas partes luciérnagas seguidas de una nube y nos sentimos parte de una sinfonía de estados de ánimo, de seres rítmicos que saben que la vida pasa y hay que detenerla en una bocanada.

Te gusta estrenar el cuaderno; sentir cómo la tinta se desliza sobre terreno virgen; horadar el espacio como quien inaugura una ciudad de muros blancos, escalinatas impecables, balaustradas y ventanas visitadas por el viento. Escribes las primeras líneas y sabes que hoy todo es posible; el pasado quedó atrás, en hojas arrancadas, páginas con tachones, portadas maltrechas en la esquina. Tu cuaderno nuevo tiende un horizonte tan amplio como tus anhelos y tú lo irás conquistando con tu pluma fuente.

Avanzas por el pasillo del megamercado tomando con automatismo algunos de los productos que tu mirada alcanza a abarcar. La amplitud de los espacios te ha puesto extrañamente triste. Las frutas y verduras, bajo una luz demasiado blanca, parecen haber cambiado su carácter orgánico por una plástica apariencia. Los empleados de tan asépticos, parecen empleados de hospital. La bocina amplía y distorsiona la voz de alguien que no se ve. Sales del bodegón con el carrito lleno y un inoportuno vacío existencial.

Recibes una llamada de larga distancia. Por el hilo viajan penínsulas, bahías, arrecifes, desembocaduras. La voz que escuchas mantiene la gravedad y el entusiasmo de los primeros navegantes. Palpita la noche recién iluminada en el otro continente, mientras, por tu ventana, estalla un sol ingenuo que no sabe de contradicciones. Tu voz hace contacto, pero en tu corazón, la ausencia crece en una dimensión distinta a la del tiempo y el espacio.

A media mañana tu lonche es un universo de recuerdos. El pan crujiente te regresa al recreo, al juego compartido bajo el calor de la infancia. Ese olor a jamón, te incita a ponerte los tenis para irte nuevamente de excursión. La lechuga te trae el aire fresco de esa sombra, la caricia secreta de unos labios, el rocío de unas manos en la banca del parque. Quítale el papel, agradece el picante sabor de la nostalgia y abandónate a la presente intensidad de tu divina torta.

El clip es uno de los mejores inventos de los tiempos modernos. Las ideas serían un caos sin ese objeto que detiene el mundo por la esquina. Ingenioso, en su forma de laberinto atrapa al minotauro, pero lo deja ir con suavidad, contrario a la violenta grapa que desgarraría a su presa. En una caja transparente, los clips le dan felicidad al escritorio con su algarabía de plata. Son simpáticos como su nombre, y versátiles: puedes usarlos para abrir una chapa o colgarlos del árbol de Navidad deteniendo las esferas.

Desde la fila del banco observas al empleado lavar los ventanales. Con una esponja talla en círculos la superficie, dejando una capa de espuma blanca; después, con un hule tenso, va abriendo veredas de transparencia que se deslizan más allá de las pupilas hasta tocar tu espíritu. Disfrutas la desaparición de la última mancha que quedó en la esquina, el acotamiento del pequeño hilo de jabón que aún perturba el vidrio. Benévola práctica, despeja los pensamientos y deja el alma pulcra, para que el polvo cotidiano vuelva a enrarecerla.

Una llave es una palabra mágica hecha objeto. En su perfil lleva el abracadabra que te permite traspasar el umbral. Eres dueño del espacio, si la tienes, o intruso de tu propia casa, si la pierdes. Te acompaña todos los días en el bolsillo del pantalón como un amuleto, o se asienta en tu bolsa de mano como un ancla en el fondo del océano. Muchas llaves juntas hacen ruido, pero una llave sola habla en secreto.

Te preguntas por qué bautizan a los huracanes con nombres de personas: Gilberto, Paulina. Después recuerdas el día aquel, no muy lejano, en que arrasaste puerto conocido, rompiendo sus pequeñas embarcaciones, tirando sus refugios, deslavando sus ilusiones, sepultando sus sueños. Y cómo después, arrepentida, lloraste durante varios días, sin que nadie pudiera consolarte, toda tú convertida en tormenta tropical.

Le quieres dar orden al caos armando el rompecabezas. Quieres entender por qué comenzaste en esa esquina, cómo fue que las piezas se ofrecieron dóciles en una parte e inabordables en el otro extremo. ¿Desistirás por fin de tu empeño en colocar la pieza equivocada? Deja que tu alma repose, cambie de ángulo, mire a la distancia, y entonces descubra nuevas rutas. Al final tendrás que tolerar las heridas blancas sobre el dibujo acabado, los fragmentos que desaparecieron, los asuntos que siempre quedarán pendientes.

Hacer palomitas es tu sortilegio preferido. Dos cucharadas de aceite hacen brillar el fondo de la olla donde esparces las semillas doradas. Sobre ellas viertes la sal como polvos mágicos. Con la olla a fuego lento, escuchas la primera explosión, seguida de una pirotecnia de juguete, tormenta de estallidos diminutos que poco a poco amaina. La destapas a punto de derramas su contenido de nubes pequeñísimas, el cielo aborregado que sirves en los platos y que, fugaz, se disuelve en tu boca como un sacramento cotidiano.

Los faros de unos coches disuelven la bruma de la madrugada; las bombillas de la ciudad, desveladas, se resisten al sueño; en las casas todavía brilla la lámpara que se enciende por la noche; ya emerge el sol, y la luna persiste en el horizonte. Te gusta ser parte de esta suspensión del tiempo que en unos minutos desaparecerá; testigo del encuentro de claridades, largo beso de despedida entre la noche que se va y el día que comienza.

Tomas del cajón una bola suave, una mascota de felpa que, al desdoblar, se convierte en un par de calcetines. Cubres con ellos la soledad extrema de tus pies, la vergüenza de ser un animal extraño en sus orillas. Durante todo el día, tus calcetines te acarician en secreto, ajenos al formalismo y a la buena educación de los zapatos. En la noche saltan como liebres tibias, se mueven y retozan casi con independencia del resto de tu cuerpo.

Buscas en tu hijo el futuro pero encuentras también un pasado incierto. Los lunares en su piel son las constelaciones que te guían al territorio aún poblado por tus antepasados. Cada rasgo es una historia que contar, cada sonrisa un sueño viajando por el tiempo hasta convertirse en esta flor que se deshoja alegre en la mesa del desayuno. Al mirarlo con asombro, has invitado a almorzar a todos tus fantasmas.

Las golosinas llevan en su nombre el pecado y en su sabor la redención. En el escaparate o en la máquina de monedas, sus formas traviesas, colores, brillos y texturas prometen un viaje inmediato al paraíso casi siempre ubicado en las coordenadas de la infancia. Enchiladas, saladas o muy dulces, sus pequeñas-dosis alivian el desamor, el aburrimiento, la desdicha de una tarde hueca como el hoyo profundo que las engulle.

Todo libro usado tiene dos historias: la escrita y la del tiempo en el que fue leído; personas que amaste y olvidaste, lugares por los que peregrinó contigo, pasiones de una época que se mezclan entre las líneas con las aventuras o las ideas. Eres el personaje paralelo en los dobleces que marcaron tus silencios, las notas en el margen, arrugas en la portada, alguna página suelta como señal de su dócil abandono entre tus manos.

Las confianzas le dan un buen sabor a la taza de café. Con la conversación te has atrevido a tocar la cuerda más sensible, el tono olvidado, la nota disonante. Miras pasar a los transeúntes con ritmo acelerado mientras te acomodas en el equipal y descubres que la amistad es una manera distinta de beberte la vida, a pequeños, intensos tragos, que tienen algo de amargo y mucho de reconfortante.

Tu almohada conoce los secretos de tus sueños. El caracol de la oreja canta su eco milenario sobre ese océano rectangular y profundo. No puedes serle infiel porque lleva marcado el peso de tus aprensiones. Siempre cómplice: cuando eras niña, bajo su tibieza dejabas un diente y aparecían sorpresas. En la carretera, vuelve interiores las rutas del camino; hace amable el domingo; es el cuerpo que abrazas durante la tormenta. Testigo de los besos y las despedidas. Llorar sobre una almohada ha sido siempre mejor que llorar solo.

Los niños tienen siempre las agujetas desamarradas. Para los adultos, es un signo de desaliño personal; las madres se preocupan porque pueden pisarlas y caer. Los niños en cambio, se sienten barcos que han soltado las amarras para aventurarse con sus gritos mar adentro, o seres extraños orgullosos de sus largos hilos inferiores que hacen ruiditos contra el pavimento y se meten, traviesos en los charcos. Cuando se las atas, les sujetas la imaginación.

Patas lineales y delgadas, alas horizontales de libélula que se destacan contra el cielo. Son las antenas de las azoteas, los enormes insectos que se han posado en las casas para descifrar el lenguaje del aire, las tribulaciones invisibles que viajan con el viento. Han renunciado al vuelo, por eso generan tantos anhelos, tantos sueños para los hombres que, casi siempre, las ignoran, o las confunden con los tenedores.

A vuelta y vuelta, el algodnero fabrica nubes color rosa, jirones de azúcar que se esponjan alrededor de una varita de madera. Los niños juegan a comerse el viento. Dulces efímeros, qué parecidos a los besos, dejan también la boca enrojecida y se deshacen en los labios presagiando ausencias.

Nada se anuncia con tanto entusiasmo como el camión de la basura. Mientras la bestia avanza, pesada, los domadores corren a sus costados, levantando en el aire las bolsas que los vecinos dejaron a la orilla de la banqueta. Su euforia proviene de que se saben seres epopéyicos: degradan las pesadillas, se llevan consigo el mal, son los depositarios de la confusión y el desconcierto. Cuando pasan, la calle queda libre de pecado.

Me gustaría ir de vacaciones a tu cuaderno de geografía.
Viajar en plumón hasta los litorales trazados por un lápiz,
internarme en el mosaico de colores con nombres de países.
Me gustaría caminar sobre el pastizal de rayones amarillos y
calentarme con ese sol planito que se asoma en la esquina de
la hoja. Navegar en ese río impresionista que se sale del
borde y quedarme atrapada para siempre en una
inverosímil, luminosa, espléndida falta de ortografía.

Abres la puerta de tu coche y se cativa la alarma. El tiempo que necesitas para apagarla te parece infinito y más a tus vecinos. Todavía te sorprende esa moderna modalidad de la angustia: pitido intermitente que prepara tus músculos para enfrentar una calamidad mayor. Desde que la tienes, aunque sepas que está desactivada, el instante en que abres la puerta se ha convertido en una tortura: súbito estremecimiento, luego el alivio porque hoy no te tocó la bala de la ruleta rusa.

En el primer plano de la fotografía está tu familia. Pero, hoy observas el segundo plano, los personajes difusos que quedaron atrapados en tu archivo personal. Son los fantasmas que el zar dispuso en esos escenarios; rostros desenfocados, cuerpos sorprendidos en alguna acción efímera que tu cámara eternizó. Nunca lo supieron, no se dieron cuenta. Imaginas tu silueta borrosa en la intimidad de algún álbum desconocido.

Por gracia de los brócolis, la ensalada se convierte en un bosque diminuto. Junto a esos arbolillos frondosos y perfectos, los champiñones parecen casas de duendes, los rábanos son flores peligrosas, los berros ramas tapando los caminos. Atento observas para detectar cualquier movimiento sospechoso; tu oído distingue los ruiditos de habitantes secretos. Con queso parmesano haces nevar el paisaje. El cuento de hadas esta vez no tiene final feliz: un gigante con espíritu infantil devora el argumento hasta dejar el plato devastado.

Un gorrión fue derribado por la tormenta de anoche. Aún brilla su sangre joven sobre la banquetta; sus alas pardas todavía parecen tener fuerza, pero sus ojos miran, atónitos, la eternidad. Debes barrerlo con la hojarasca y con algunas ramas, darle indigna sepultura en el basurero. Aunque escuchas otros trinos en los árboles de la mañana, y un anónimo batir de alas quiere consolarte, no hay remedio, para ti la ciudad se quedó sin pájaros.

La bicicleta es el lugar de encuentro del movimiento y la quietud. Su dignidad vertical depende de que no cese el pedaleo; la tuya en cambio, del control del alma contra el viento. Frágil parece y, sin embargo, sostiene el peso de la vida, lo reparte en el tiovivo de sus ruedas milagrosas, se ríe de los problemas con su timbre de metal. Cuando aprendes a andar en bicicleta, aprendes el dominio y la libertad.

Compras una computadora con el mismo respeto y temor de quien invita a su casa a cenar a un extraterrestre. Estás dispuesta a conocer los códigos, la nueva religión que profesarás los sábados por la mañana, pero habrás de confesarle al instructor que tiene que empezar por explicarte la diferencia entre el microprocesador, el módem y la cafetera eléctrica. Lees los componentes de tu nueva adquisición y te ufanas de entender, por lo menos, el último de la lista: funda protectora.

Las salas de espera son recintos suspendidos, cápsulas donde se detiene el cauce del día y se condensa el tiempo. En los sillones tantas veces abordados, en las revistas de nadie, en las alfombras gastadas por los pasos invisibles, te reconoces pasajero anónimo, huésped fortuito de esta antesala que en algo se parece a la vida.

Sobre el comal caliente los círculos se inflan un momento, son el suspiro de la mujer que les da vida con sus manos tostadas. A tu mesa llegan las tortillas humeantes, el alimento milenario que convierte la comida en un ritual. En tu boca se agitan los maizales, germina la tierra, arde de nuevo el sol, mientras saboreas el grano que alguna vez fue sólo de los dioses.

Durante la noche los árboles hablaron. Dejaron caer sus secretos. Se mostraron tal y como son: poseedores de sombras y olvidos, de inquietudes y fragilidades que tú, madrugador, pudiste observar dispersas sobre las calles, todavía susurrantes bajo tus pies. Pero las amas de casa, temerosas, salieron muy temprano a barrer las evidencias y dejaron las banquetas en silencio, para que nadie sepa.

El huevo es el origen de todas las preguntas. Frágil y perfecto, guarda en su interior el germen de la vida. Rompes el cascarón, sabedor de que, al hacerlo, alteras el orden cósmico. Adentro encuentras una fuente, un enigma translúcido poseedor de todas las verdades. Eres el traidor, el Luzbel que, en el sartén hirviendo, suscita una lluvia estelar, una explosión universal sólo acallada por la tapadera. No sin culpa, miras amanecer dos nuevos soles en tu plato del almuerzo.

La ropa sucia se ha amotinado en la plaza central el clóset; la olla exprés está en huelga hasta que le cambien el empaque; los habitantes del refrigerador se han puesto a derramar sustancias pegajosas; la cama, estrafalaria, se niega a alisar sus ropajes; los zapatos en desorden no quieren guardar filas y tú, ama de casa, no sabes en qué bote de basura arrojarte, en qué cajón revuelto esconderte para no librar la batalla cotidiana.

En tierra caliente la nieve llega en copos de colores. Sobre barquillos de galleta, la mirada esquía. No hay lagos de hielo firme, pero la lengua patina sobre duros bloques de limón. Aquí la nieve no cubre calles y tejados, se concentra en vasos donde los reflejos se tiñen de grosella. Las nevadas caen sobre todo los domingos y en los parques; los niños forman con los labios muñecos de aguapluma, los novios se convidan volcancitos de fresa y chocolate. Nieva casi siempre en primavera, cuando los habitantes tienen ganas de beberse el paisaje.

El rumor grave y continuo de los coches pasa a tu costado. La banqueta es la orilla, la playa sobre la que te alejas del lugar conocido para perderte en el anonimato. Vas recogiendo conchas como si fueran sentimientos, líquenes que desde ahora formarán parte de un tesoro interior. Eres tan solo un transeúnte contra el viento, uno más al acecho de su soledad, y sabes que el oleaje borrará tus huellas sobre el asfalto.

Un libro viejo es un barco hundido en el tiempo. Te sumerges en la lectura para descubrir que sus habitantes no murieron. Por la escotilla observas el salón iluminado en el que las parejas bailan al ritmo del fonógrafo. Miradas, sentimientos, voces, fragancias, desfilan ante tus ojos atónitos, mientras las hojas amarillas casi se deshacen en tus dedos. Pasiones encalladas entre líneas, misterios ocultos que la superficie guarda para los aventureros.

Hazme piojito, ándale. Quiero sentir que mi espalda se convierte en un cañaveral apenas tocado por la llovizna; que soy un cuadro puntillista que pintas con los pinceles finos que tienes en los dedos; que alguien camina de puntitas sobre mi existencia; que mi piel pasó por un cernidor, que está hecha de pequeños gránulos de arena, de instantes intensos y perecederos como un escalofrío.

El tiempo es un licor. Lo tomas a sorbos, en la copa de los días. De momento, te seduce en los labios su espesura; su sabor te parece dulce; su intensidad te quema la garganta, su tibieza se interna en los caminos de tu cuerpo, haciéndote sentir que existes. Cuando se ha ido, quieres aprehenderlo en el buqué fugaz; su sabor se torna, entonces, amargo. Como todo veneno, sus pequeñas dosis reconfortan. Al final, la muerte te observa en el cristal vacío.

Para encontrar el cruce de coordenadas, extiendes el mapa tapando el parabrisas. Estás a punto de localizar la calle, cuando el de atrás toca el claxon y tienes que avanzar. En cada alto se repite el intento frustrado. A pesar de la prisa, agradeces la lentitud de los coches, que frenan y aceleran mientras tú tratas de enfocar. Por fin encuentras la dirección buscada, pero, ahora, ¿cómo doblar esa sábana de papel de manera que los pliegues coincidan con los originales? Lo rompes, lo doblas al revés. Rendido llegas tarde al lugar de la cita.

Pertinaz, la lluvia te ha mojado los recuerdos. La cama es una barca que no ha alcanzado puerto; la ciudad, océano atardecido aunque apenas comience la mañana. Te aferras a la almohada como a un timón que lleve tus sueños a la orilla; no sabes si son voces antiguas el fino golpeteo sobre el techo, o anhelos que tamborilean sobre tu espíritu. Las gotas se suceden, le otorgan otro ritmo a la existencia. Apagas el despertador; al fin y al cabo, el mundo es un reloj de agua.

Una moneda sola, tirada en la banqueta, ha dejado de ser dinero. Sobre el asfalto brilla como una luna diminuta que hubiera caído con la tormenta. Guardas el círculo de plata en el bolsillo, mientras los astros giran silenciosos y cambian el destino.

Al pie del árbol, la manguera parece un animal inerte. Con la boca recostada sobre el lodo, evoca sueños húmedos. Espera la caricia, el toque que le regrese su personalidad de lluvia, su alma de tormenta. Abre la llave pero, ten cuidado; si su despertar es violento puede morderte.

Enciendes el radio y encuentras esa compañía anónima que se ha vuelto tan cercana. Comentarios que pueblan tu mañana mientras manejas, cocinas, esperas que algo cambie en tu vida. Palabras que alivian tu aislamiento y te hacen sentir parte de un mundo complejo. Voces sin rostro que se conectan con otras voces secretas, sintonizadas en frecuencias íntimas.

Tu hogar es un centro de control de desastres naturales: el tornado en la licuadora; una nube de vapores ardientes en la olla de presión; la guerra de partículas atómicas en el horno microondas; el ciclón encerrado en la lavadora. Y tú, diosa en bata y pantuflas, eres la responsable de que no se produzca una hecatombe.

Pon en el agua hirviendo un costalito de hierba seca envuelta en papel fino. Verás cómo comienza a amanecer en esa taza. Pruébala, siente su color amarillo en la garganta, recuerda el aroma de esas flores en forma de soles diminutos. El té de manzanilla se va volviendo un verano tibio adentro de tu cuerpo.

El otoño es un amante pasajero. Caminas con él por la ciudad, te dejas despeinar en una esquina, te ríes cuando juega a levantar tu falda. En las tardes lo encuentras en tu habitación; él es la prematura oscuridad que matiza de sombras tu silencio. Sabes que llegó porque un estremecimiento repentino agitó las copas de los árboles, y sabrás que se fue cuando el frío sea más intenso que la nostalgia.

Una servilleta de tela es un barco de vela. Una servilleta desechable es un barquito de papel. Una es elegante y se despliega orgullosa sobre el mar almidonado de la mesa; la otra navega por el pasto del parque o sueña con arroyos de agua de limón en la lonchera. Una se engaña a sí misma creyéndose inmortal; la otra se sabe efímera y voluntaria se ofrece para prender el boiler o el piloto de la estufa.

La música del tendedero empezó con esos calcetines que colgaste en forma de corcheas. Las pinzas de la ropa se volvieron de pronto notas de colores sobre el pentagrama de la mañana, trinos de pájaros sobre el blanco compás de una camisa. En acordes se ventila la humedad de las prendas; los minutos avanzan in crescendo hasta alcanzar el mediodía. En la azotea, la vida es un minueto en Sol Mayor.

Te inquieta esa costumbre tuya de leer todos los días las esquelas en el periódico. Repasas los nombres del difunto y de los deudos buscando señas familiares, apellidos que signifiquen algo en tu memoria. Sabes que no es una preocupación por los demás, que en realidad buscas tu propio nombre y que descansas cuando puedes dar vuelta a la página porque, por lo menos hoy, no fuiste testigo de tu muerte.

Las mandarinas se columpian en las ramas. Las más anaranjadas se aglutinan para criticar a las más verdes; otras juegan a las escondidas con el sol que las sorprende a medias, o juegan a ser ellas soles que amanecen entre las hojas. Una permanece sola, altiva; se siente eclipse de invierno. Sabe que la vida es agridulce.

Todas las mañanas sacas de paseo a tu soledad. Le tomas fuerte la correa para que no se vaya; te guía por las banquetas, husmea en los zaguanes vecinos, reconoce los árboles del barrio. En las tardes la acaricias sobre tu regazo, le hablas suave para que se sienta acompañada. No te explicas por qué, si tanto la cuidas, la alimentas, en la noche aúlla contra el cielo, como si algo quisiera reclamarle a la luna.

La mecedora es una silla siempre a la deriva. Con el bebé en los brazos, te sientas en ella como quien aborda un barco cargado de presagios. En el balcón o en la terraza, es el péndulo de tardes de quietud, el asiento en el que van y vienen tus pensamientos. Pasa días varada en un rincón. Espera tu vejez, cuando te sientes a tejer con el hilo de tus recuerdos. Está orgullosa de ser el mueble en el que se cumple el círculo de la vida.

Los problemas son como los mosquitos. Durante el día se esconden en la oscuridad del clóset, pero en la noche salen, cuando el bullicio cede su lugar al pensamiento. Inician su vuelo impredecible, dibujan en el aire rutas de ansiedad. Su zumbido es un recordatorio; su aguijón capaz de atravesar tu sueño. No hay repelente, veneno que aniquile a estos insectos. Han de dejar su roncha, su toxina, su comezón ardiente, mientras no te decidas a darles un almohadazo.

El golpe seco del periódico anuncia la mañana. Después seguirá el ruido del portón del vecino, el coche que se enciende, la señora que barre. Si el periódico no llega, el portón no se abre, el coche no se enciende o la vecina no sale, algo te falta. Los protagonistas no saben que son parte de un ritual, que si fallan desorganizarán tu intimidad y una inquietud apenas perceptible te acompañará durante todo el día.

Quien lleva su cepillo de dientes en la bolsa lleva su hogar a cuestas. Un hotel, oficina, casa ajena, se hacen propios con sólo depositar esa varita despeinada en el lavabo. Compañero fiel, borra el amargo sabor de los recuerdos y, generoso, nos siembra aromas frescos en la boca. Caballito de mar, se revuelca en la espuma que deja en nuestra orilla el oleaje de los sueños.

Las glorietas son punto de confluencia y núcleo de irradiación. Sirven para aliviar el tráfico. Son oasis de transparencia, estanques de amplitud que liberan la mirada detenida por los muros; círculos que relajan la rigidez de las avenidas. En la melodía urbana son notas largas, las blancas redondas del pentagrama que imprimen sentimiento a nuestro automatismo. Sembradas de pasto y flores, con estatuas y fuentes, algunas se convierten en parques los domingos, cuando los niños sacan los triciclos y los artistas exponen sus anhelos.

El ruido de la regadera acalla los sonidos. El mundo exterior se vuelve inexistente ante la persistencia de esta lluvia hogareña. Te disocias, olvidas, en el cauce del río caliente que disuelve los sueños y arrastra el diálogo interior hacia la coladera. Sólo el canto se recorta nítido sobre la armonía que chorrea en gruesos acordes de agua. Entre el vapor que cubre los espejos, todas las mañanas eres barítono improvisado.

La vida está hecha de pequeñas muertes, ciclos que comienzan y terminan. Pero, en el tiempo, las heridas que duelen no son las que se abren, sino las que se cierran para siempre. Cuántas veces nos despedimos de nosotros mismos, cuántas nos dejamos a la orilla del camino. Hoy somos otro que acaso extraña al que antes fue, pero ya no lo reconoce. Por eso, el temor a la muerte no es un miedo a lo desconocido, sino a lo conocido.

No hay mayor candor que el de la mata de plátano desafiando el airecillo de la mañana con sus hojas despeinadas y su camisa demasiado grande. Adolescente tropical, desenfadado, muestra su flor de azúcar, su genital de pura luz, con esa deshilvanada risa que convierte la banqueta en una playa.

Los objetos que no tienen utilidad son los que más te gustan: una estatuilla, una postal, objetos de cerámica o madera, una moneda antigua, un recipiente en miniatura. La vida los ha traído como el mar deja conchas en la arena. Cada uno es una puerta en el tiempo, una época que acaricias con los dedos y enciendes con la mirada. Son regalos, recuerdos de viaje, tesoros que has ido acomodando en los estantes del librero.

Las pantimedias son otras piernas que te pones sobre las tuyas. Así de transparentes, delgaditas, son el disfraz perfecto: te convierten en la señora elegante que no eres. Es tan fácil romperlas que, por prudencia, te vuelves femenina. “Mírame y no me toques”, parece indicar a algunos; “tócame y no me mires” a algún otro, cuando cruzas las piernas. Si te las quitas conservan la forma de tu cuerpo, son el fantasma de aquella que quisiste ser, la piel que cambias para recuperar tu identidad.

Desconfía de los agujeros. Son culpables de lo que desaparece.

Cuando naciste profanaron tu cuerpo con dos agujeritos. Arillos de oro, gotas de ámbar, perlas o figurillas de plata muerden con dulce violencia el lóbulo de tu oreja, o penden desafiando las leyes de los astros. Sabes que esos símbolos dan simetría a tu rostro, convocan al amor, brillan sobre la suavidad de tu piel como un atrevimiento. Te enorgulleces de ser mujer tribal, sacerdotisa de un culto que profesas todas las mañanas frente al espejo.

De pronto, en medio de la prisa urbana, surgiendo de otra dimensión, aparece el tren cargado de estrépitos metálicos. Ruge, animal herido, dispuesto a llevarse a aquel que se atraviese en su destino trágico. Salió de otro siglo y va –lo indica su lamento- a un cementerio donde pueda, por fin, desbaratar su esqueleto herrumbroso. En tu vida es un espectro, una pesadilla diurna que pasa y se pierde en el horizonte.

El salero es una pequeña mezquita de cristal. Sus recintos guardan las dunas del desierto, el desfile de las caravanas en busca de agua dulce, los sedimentos del mar, la historia que quisiera diluirse en el golfo quieto de la sopa. Cuando la suerte desordena los puntos cardinales, por las ojivas de su cúpula de plata, entra y sale la luz cernida de la luna, las mil y una noches que sazonan de amor y muerte nuestros días contados.

Un sueño triste se va pero se queda, como las gotas de agua en un papel secante. No recuerdas la historia ni son nítidas las imágenes que perturbaron tu madrugada, pero su desazón impregna tu vigilia. Durante todo el día intentas sacudirte esa inquietud sin remitente preciso, la nostalgia cuya fuente desconoces. Ni el sol de la mañana, ni las actividades de la tarde, la disuelven; sólo las luces que se prenden en la noche, pero ya es demasiado tarde para despertar.

La mañana es un tigre que entra por la ventana. Con movimientos felinos avanza por el piso de la habitación, restriega su lomo rayado contra los muros, sube lento y silencioso por los muebles levantando acaso diminutas polvaredas que brillan a contraluz; husmea los objetos, los despierta del nocturno letargo con su lengua tibia, se tiende, amarillo y perezoso, sobre la alfombra. Su presencia convierte tu recámara en estepa africana y hace que todas las estaciones sean verano.

Nada más parecido a la mujer amada que una pastilla de jabón. Desnuda, lisa, fría, aviva tus instintos. Parece frágil pero es escurridiza. Toca tu piel, impregna de fragancia los rincones de tu historia. Se pierde bajo el agua tibia, la vuelve turbia. Su suavidad te engaña, su sabor es amargo, pero eso lo descubres demasiado tarde. Siembra una espuma dolorosa en la mirada. Cuando menos lo esperas se disuelve, dejando su perfume en tu memoria.

Quisiera darte de desayunar la ansiedad olvidada. Planchar todas las dudas de tu cuerpo; coserte algún botón de certidumbre sobre el pecho. Quisiera ver crecer el tiempo entre los cuartos de tus días, regar una a una tus palabras para que no se mueran. Quiero calentar los recuerdos en la estufa, lavarte la tristeza y ponerla a secar, sacudir los sueños para que no te vayas. Tender tu compañía sobre la cama aunque sea por una vida.

La ambulancia es un grito de dolor hiriendo el aire. Su angustia desgarrar el vientre del tráfico, abre el pecho del día, se va desangrando por las arterias de la ciudad. En la camioneta color venda, gasa, camilla o mortaja, salpicada con una cruz de sangre, reconoces un destino posible, un aullido de miedo que habita en tu interior, la tragedia que nadie y todos esperamos a la vuelta de la esquina.

El lápiz labial oculto en el cilindro espera el momento de encender los labios. Rito de iniciación para la niña que adelanta el tiempo en el espejo, instrumento fiel de la mujer adulta, cómplice de la vejez desmantelada. Signo de elegancia sutil o de febril desorden, según el tono de su sangre, el matiz particular de su tono mate o nacarado. En una servilleta, carta, camisa blanca, signa la mujer su territorio de intimidad y poder; guarda en el bolsillo el arma que sólo puede ser desactivada por los besos de un hombre.

El papel aluminio te convierte en una mujer de la era galáctica. Los sándwiches envueltos quedan como pequeñas naves espaciales que viajarán por el cosmos de la mochila, entre plumones siderales y lápices desorbitados. Forras con él toda la estufa y te sientes astronauta a punto de despegar de la cocina. Cuando separas la basura no sabes si tirarlo al papel, o al metal; además así arrugado, no parece ni uno ni otro, sino un extraterrestre.

Escuchas las campanas que llaman a misa de siete. El doblar sonoro del bronce en intervalos temporales, cae en tu alma como las monedas de cobre de tu infancia en aquella alcancía de barro. Imaginas a las mujeres recién bañadas caminando hacia la iglesia bajo el aire frío. La mañana se ha vuelto honda y provinciana. Algo de pueblo tiene todavía esta urbe inaprensible, algo de intimidad acompasada, algo de calles polvorientas, macetas rojas, pan recién horneado.

La banca del parque sabe de la vida. En ella se han despedido y reconciliado los amantes, han dormido los niños vagabundos, se han sentado los viejos a recordar, o a darles de comer a las palomas, se han arrepentido los equivocados. A la luz de un farol, su sólida quietud, su encaje de metal, sus brazos redondos la hacen verse como una abuela que todo lo comprende y lo perdona.

Una flor en el buró es una caricia inesperada, un estremecimiento contenido, una herida que se alivia a sí misma. En medio de la habitación, ajena al pulso del reloj, es un palpito, sobresalto que ha tomado forma de espiral. Esta flor sin jardín te abre un jardín secreto, te dice con su silencio la palabra que necesitas escuchar.

Prender un cerillo: generar el fuego a voluntad, como un dios; tener en la punta de los dedos la semilla ardiente de la vida o de la destrucción. Miras arder la llama diminuta en sus tonos amarillo, azul y rojo, y te parece haber cortado una flor en el jardín del tiempo, un instante trémulo que condensa la historia de la humanidad –sus luchas, sus pasiones- en el incendio que se devora a sí mismo antes de consumirse.

Todas las mañanas haces ejercicio en el gimnasio. Tubos, planchas, pesas, poleas, barras y cadenas son el escenario de ciencia ficción en el que se desarrolla tu película cotidiana. Vencer al tiempo es la misión, detener la caída de los sueños, la flacidez infortunada de las ilusiones. Exhausta, te quedará una sensación de triunfo en cada músculo y esa orgullosa resignación frente al espejo.

La cuadra es tu ración de ciudad. Con la bicicleta la has recorrido tanto, que conoces bien bajaditas y obstáculos. Sabes de sus árboles: el de mandarinas, el de guayabas, aquellos otros que subes para mirar la tarde desde arriba. Con tus amigos traspasas puertas y conquistas azoteas, llamas por sus nombres a las mascotas, descubres personajes generosos o amargos que la habitan. Es el puente entre tus sueños y la realidad, el mundo externo que dominas cada vez que abres la reja para perderte dichosamente en la banqueta.

Un cerillo es un soldado, un kamikaze dispuesto a morir originando el fuego. Es trágico el destino de esos hombrecillos de cabeza generosa y cuerpos rígidos, encerrados en un búnker de cartón, esperando la suerte - para ellos el honor- de ser escogidos por la mano dictatorial que inflamará su destino. Pero lo peor no es la muerte, sino soportar con dignidad el trato innoble después de haber cumplido la misión: ser arrojado al suelo, pisoteado sin más rito que su propio humo libertario, o acallado en el agua su último susurro de héroe herido.

La pijama guarda el aroma de la intimidad. Los sueños y deseos se encuentran indisolublemente adheridos a esas prendas que tocan la desnudez abandonada. No hay mejor premio que la pijama del amante rendida sobre la cama como una segunda piel que mitiga la ausencia. Su arrugada suavidad temple tu tristeza mientras te decides a meterla en la lavadora.

Si se te pierde un arete, ¿qué haces con el otro? No puedes arrojar a la basura un objeto hermoso y delicado. Tampoco puedes usarlo, tus prejuicios son demasiado simétricos. Algún valor ha de tener, pero nadie, ni tú, querría comprarlo. Se ha convertido en un sujeto incómodo; con su presencia indica que algo nos falta siempre para estar completos. Su soledad indigna te perturba. Lo miras solo, viudo, convertido prematuramente en reliquia y no sin cierta culpa lo guardas en el clóset, adentro de su estuche, sarcófago de terciopelo del que nunca saldrá.

En la punta de tu dedo la gota de cristal tiembla de transparencia. Con suavidad lo colocas sobre el iris izquierdo. Repites el ritual sobre el derecho. Tus ojos han adquirido una pureza nueva tras esas lunas invisibles que hacen visible el mundo. Frente al espejo puedes reconocer ahora tus contornos. Andarás todo el día con esos círculos de cielo en la mirada, con esas ventanas sacadas de algún palacio diminuto. En la noche regresarás a su lugar la magia prestada, te quitarás los pupilentes, rebanaditas de clarividencia.

El coche es una época de la vida. Aquel viejo Ford de la juventud fue el escondite de los besos, testigo del vaho que despedía amor. Después vino la camioneta, donde los niños crecieron y habitaron como una segunda casa móvil que se llenaba de risas y de bicicletas. Cuando los vendiste, cerraste un ciclo, diste vuelta a una edad. ¿Qué dramas, venturas, soledades o compañías te entregan con la llave de tu coche recién comprado? ¿Qué historia te espera en la banqueta para que le enciendas la marcha?

El compás es un bailarín. Con los pies en puntas marca coreografías en tu cuaderno. Su rigor, su exactitud, no lo alejan de la poesía. Por donde avanza va dibujando astros que serán poblados por la imaginación; contando la manera en que Dios creó al mundo. Sólo un giro y aparece la historia de los hombres, el Mandala de arena, la rueda que hace girar el tiempo. Si de tu estuche salen pájaros o en tu mochila se generan tormentas, no te extrañe, es el compás que se ha puesto a improvisar.

Me gusta observar a los hombres que juegan basquetbol. La fuerza que demuestran en la cancha en los lances de la pelota, el ímpetu con que la botan sobre la duela, la virilidad con que meten músculos, sudor, palabras soeces, se vuelven suavidad absoluta, sublime acto de magia cuando encestan, detenidos en el aire como si fueran ángeles. Son guerreros perturbados, enemigos de la inexactitud. Aman la perfección de la curva, la sensibilidad de la pelota succionada por la red, el orden del mundo cuando entra limpia en la canasta.

El mundo es otro con tus lentes. Son un pequeño medio de transporte hacia una realidad más diáfana, donde la geometría limpia el paisaje. No sólo ves mejor, con ellos distingues olores, sabores, sonidos. Un ligero acomodo con la mano te da seguridad. Su peso sobre la nariz te hace sentir la identidad bien puesta, la lucidez mental auestas. Su ausencia te perturba como a quien ha perdido un pie o una oreja. Quitártelos es signo de confianza: eres un guerrero que entrega las armas, un marino que arroja la brújula en el mar. Con sus dos patas largas y sus enormes ojos transparentes, este insecto moderno es tu mascota; duerme en tu mesa de noche mientras te aventuras por parajes difusos.

La dulce vejez de la ciruela pasa, en otros tiempos, sería ignorada por los tejocotes rubicundos con cutis de adolescente; la caña en su madurez blanca y apetecible, trataría con desprecio a las pasitas, por pequeñas y oscuras; las guayabas siempre presumidas, se reirían con todas sus semillas de la vara flaca de canela, que enrojecería de vergüenza. Pero hoy todos están dispuestos a regalarse aromas, a intercambiar sabores exquisitos, olores generosos, deseos de humo; a disolverse en el calor meloso de la fiesta del ponche.

El deseo tiene forma de estrella. Dos niños observan la piñata que grita sus colores violentos contra la tarde fría mientras, pesada, se bambolea en el aire. Esperan su turno para volverse ciegos y descargar el odio revuelto con alegría, contra ese vientre mágico del que saldrán los frutos y dulces codiciados, que atajarán entre llantos, empujones y pedazos de barro. Se llevarán un miembro de la piñata herida como un trofeo de caza.

El pavo se fue sazonando con los recuerdos del abuelo, las confidencias de las tías en la cocina, el barullo de los niños que entraban de repente a inyectarle entusiasmo, las discusiones cariñosamente acaloradas de los cuñados que hablaban de política o fútbol, la soledad de la abuela que esa tarde se sentía acompañada. El ave insípida llegó a la mesa convertida en un majar aromático y jugoso, cuya receta es irrepetible.

La fiesta más sublime se la dedicamos al tiempo. Porcelana y cristal, bebidas regias, manjares exquisitos, prendas de tela suave y elegante para festejar algo que no existe pero que reconocemos como la materia de la que estamos hechos. Somos seres rituales, primitivos, bajo nuestros vestidos de gala y etiqueta.

Doce uvas, doce campanadas. Vas tomando los instantes redondos del racimo del tiempo. El presente se va volviendo historia mientras devoras los frutos de azúcar encendida. Ya no puedes volver atrás, no puedes aferrarte a las manecillas del reloj, sólo cerrar los ojos y arrojarte al vacío del año nuevo. La pulpa virgen se deshace en tu boca como un presagio, su néctar perfuma tus deseos recién iluminados por la luz de un trago de champaña.

Observas tu casa después de la fiesta. En el jardín yacen fragmentos de piñata. Sobre la mesa las servilletas en desorden, una cajetilla de cigarros vacía, dos botellas a medio consumir, un cenicero usado. Parecen esqueletos marinos, piezas calcáreas que la resaca del pasado inmediato dejó sobre la playa del presente. Lo que ayer era ruido, hoy es silencio, ausencia que irás barriendo, tirando a la basura, guardando en su lugar.

Quieres sacarte el niño de la rosca, no importa que tengas que hacer fiesta el día de la Candelaria. Tu rebanada deberá ser la elegida, la que guarda el tesoro codiciado. Partes tu pedazo de destino; comes con cuidado la masa esponjosa cubierta por frutas del desierto; descubres una pequeña criatura entre el migajón; te llenas de júbilo. Lo que encuentras, en realidad, no es un monito de plástico, sino tu propia infancia.

En las glorietas, en la orilla de las banquetas, en los lotes baldíos, sobre los camellones, los árboles de navidad agonizan en silencio. Tendidos, resecos, cargan su cruz de madera y soledad. Hace poco se levantaban orgullosos en la mejor esquina de la casa, cargados de esferas y luces, a sus pies el musgo fresco y los regalos. Hoy esperan la compañía de un vagabundo, o el fuego fatal que les devuelva la dignidad perdida.

En los apuntes de la agenda se resume tu vida: hábitos, gustos, afectos que la tinta denuncia. Ahora que llenas sus últimas hojas, vuelves con curiosidad a las primeras; te conmueves como quien encuentra una flor seca entre las páginas de un libro. Ilusiones que ahora son recuerdos, fechas que son heridas, citas que quedaron por cumplirse. Eres la misma y otra ante este cuadernito imaginario y real como los sentimientos que guarda entre sus hojas.

No sabes si comprar ese álbum de fotografías que está en oferta. Acomodar entre sus páginas el pasado puede ser tan doloroso como abrirte una herida. Encontrarás sonrisas que hoy son despedidas, manos entrelazadas que se convirtieron en desamor. Mejor dejar que el pasado se olvide en sobres y cajas perdidas, y que sólo el presente entre a las habitaciones de tu casa, luminoso y cordial, como un amigo nuevo.